

La Adolescencia Novelada de MANUEL AZAÑA (1880-1940):

“EL JARDÍN DE LOS FRAILES”,

Prof. Tomás Andrés Tripero

D. Manuel Azaña, como algunos saben, fue Jefe de Gobierno y del Estado en la Segunda República Española.

Marginado en el franquismo y en la evolución política posterior de nuestro país, se le reconoce, no obstante, uno de los más grandes prosistas de la lengua castellana.

Ciertamente poco se conoce su labor como escritor de novela y teatro, ensayista y crítico literario. Tal vez porque fue proscrito de las antologías por su significación política republicana, y tal vez porque su escritura exige una preparación intelectual del lector más superior a la normal. **Su estilo es austero pero con una riqueza léxica exultante.**

Veamos la descripción de su Colegio de los Agustinos del Escorial, en donde se sitúa El Jardín de los Frailes. Aulas en berroqueña (granito), suelo de guijas (guijarros) en el zaguán, oscuras salas cuadrilongas, húmedas, a los haces del patio ensombrecido por la pompa rumorosa de laureles y cinamomos (árbol oriental ornamental). En el estrado, a la diestra del director, sucinta diputación del reino mineral, en un armario. Y en la mano siniestra, en cierta alacena, retortas con telarañas, probetas y tubos de ensayo en sus espeteras (tablas de la pared para utensilios, generalmente de cocina), desportillados, y cantidad de tarros con substancias desusadas y temibles, que de primera intención parecían cosa de botica" (Alianza Editorial, S.A. 1997, 1ª ed. 1981. pag.17)

Su ensaño sobre la "Vida de don Juan Valera" (1926) consiguió Premio Nacional de Literatura. Su labor de ensayista siguió con "La invención del Quijote y otros ensayos" (1934) Pero probablemente "**La velada de Benicarló**", en el "hundimiento" de 1939, y en donde se expone y representa el drama español, sea su trabajo teatral más impactante y conocido.



Azaña adolescente y "El Jardín de los frailes": una novela publicada en sus **primeras entregas** entre septiembre de 1921 y junio de 1922 en los cuadernos de "La pluma", revista que el propio Azaña dirigió entre 1920 y 1924. Su luz impresa como **libro** se iluminará seis años después, en diciembre de **1926**, faltaba diez años para el inicio del desastre y la pérdida del sueño de la República.

Se trata, y esto es interesante para un profesor de psicología del desarrollo, de la **novela de un adolescente** bajo una **rígida educación confesional** católica que condicionaba una conciencia culpable, tan culpable que "*Más de una vez dejándome adoctrinar pensé: ¿Cómo puedo hacer yo tanto mal?*" (pág.54)

Pero, "*El jardín....*" No es precisamente un furibundo alegato anticlerical, como sí lo fuera la novela de Pérez de Ayala "*A. M. D .G.* (1910). Y como novela que es de adolescente, en ella aparece su **despertar a la sexualidad**, sus **primeras epifanías estéticas** y el **descubrimiento psicológico de su mundo interior**.

Y, en el **hombre político** que se perfila, hay concesiones a la filosofía de la historia y, en particular, reflexiones - que no han parado de brotar desde entonces - sobre **la idea de España y de los españoles**. Leer la obra implica cierta simpatía con la actitud intelectual del autor, pero hay que tener en cuenta de que se trata "*del primer encuentro de un mozo con lo grave y serio de la vida*", de un mozo de quince a veinte años, aunque la escribiera con cuarenta.

Pero hay que preguntarse, tratándose de una obra tan especial, **¿qué experiencias personales podemos obtener de su lectura?** Si traemos a nuestra memoria nuestro pasado colegial hallaremos, como en el libro de Azaña, y a eso precisamente, entre otras cosas, nos invita su lectura, muchos y variados **recuerdos de nuestro pasado infantil y adolescente**.

Sí, los recuerdos adolescentes...

Hay, naturalmente **recuerdo de los profesores**, "*padres del añoso tronco agustino*", en el caso de Azaña, o, en nuestro caso de otros "frailes", "monjas" "padres", "madres", "hermanas" o "hermanos" o "seglares" de colegios religiosos, cuya memoria no ha abandonó la buhardilla de nuestra mente.

Profesores que, como en el caso de Azaña dejaron infausto recuerdo, pero también los hubo que dejaron huella en nuestra alma y en las suyas y con quienes - desde el respeto - nació alguna suerte de compañerismo. "*Padres*", "*madres*" o "*hermanas/os*", según los casos, a quienes quisimos fraternal y entrañablemente. De quienes, en algunos casos que no en otros, aprendimos algunas de las más importantes lecciones de la vida.

Recuerdo, en fin, de esas "*aulas hostiles*" del pasado, con las que yo me identifico al rememorar las mismas tristes tardes en **mi colegio**.

El **Colegio del Pilar**, de la calle Castelló de Madrid, era y es el colegio religioso de altísimos ventanales góticos, demasiado altos para nuestra estatura de niños que soportábamos horas interminables de cansancio, tedio y espanto, pero también de momentos fulgurantes que, de repente, arrebataban nuestro interés y hacían volar alto, como nunca desde entonces, nuestra imaginación.

Aún no puedo olvidar de mi mente pre-adolescente al joven marianista Don Vidal....por su brutalidad espantosa contra nosotros o al Tierno y mágico Don Gregorio, que nos daba griego.

Recuerdos también de compañeros bestiales y embrutecidos: "*Hay que ser un bárbaro para complacerse en la camaradería estudiantil. Por un punto general, entre escolares, los instintos bestiales salen al exterior en oleadas...una masa de estudiantes degenera velozmente en turba, ligada por la bajeza común...*" (Alianza Editorial, S.A. 1997, 1ª ed. 1981. pag.24)

"*Aridez, turbulenta grosería en colegio...Un espíritu tierno, como de niño, ambicioso de amor, empieza luego a tejer un capullo donde encerrarse con lo mejor de su vida, con todas esas apetencia, generosas o no, pero fervientes, que el mundo desconoce o pisotea*" (Alianza Editorial, S.A. 1997, 1ª ed. 1981. pag.18)

¿Y **quién no recuerda** algún niño que murió mientras estábamos en el colegio? Era nuestro primer encuentro con el misterio de la existencia y de la muerte. **Colegiales muertos para quienes aquellos años no pudieron convertirse en**

recuerdos. Chicos que padecieron enfermedades definitivas o accidentes mortales. Todavía nos resuena el eco de sus apellidos..., porque por ellos nos llamaban y nos llamábamos, más que por los nombres.

La edad adolescente de los prodigios

Pero era también la edad en la que vivíamos en un mundo prodigioso que, nunca como entonces, alimentaba el alma adolescente con un rico caudal de lecturas, descubrimientos y sugerencias. **No hay mayor fracaso** intelectual para un adolescente, señala Azaña, **que el de no haber tenido la oportunidad, o haberla rechazado, de alcanzar la noción de lo bueno, justo y de lo bello.** Verdaderamente aquellos colegios pasaban por buenos y para muchos de nosotros fue un auténtico privilegio estudiar en ellos.

La dialéctica negativa

Y en ellos aprendimos a practicar la dialéctica negativa. Cierto es que en ellos se **aprendía a refutar a Kant, Spinoza y Hegel**, por ser contrarios a la doctrina de la iglesia y llevarnos derechitos al panteísmo pernicioso. También resultaba **inaceptable el positivismo de Comte**, o las doctrinas desviadas de otros muchos. **Pero refutando** a muchos autores, **rechazando** muchos escritores, **criticando** a otros tantos científicos, **despotricando** desde el metafórico pulpito de las aulas contra ellos, **se sabía quiénes eran**, y, de esta manera, **se les ofrecía en bandeja a los jóvenes espíritus receptivos e inteligentes.** Ahora ya no hace falta refutarlos, casi ningún estudiante, incluso de ciclos superiores, sabe quienes son, y a muchos ni les importa.

Y ahora que quieren acabar con la filosofía hay que recordar el **entrenamiento de la inteligencia en las ideas filosóficas**, que **da lugar a la libertad de pensamiento** y de al pensamiento crítico.

Cierto es entonces que "*adquiríamos un extracto del saber, resumido en conclusiones edificantes*" (pág. 96), verdad es que no éramos llamados a saber ciertas cosas "*que no eran para nosotros*", que las lecturas se dividían en lícitas y prohibidas, que la calidad para conocer los contenidos de las asignaturas no era, en muchas ocasiones, la mejor. Pero consiguieron que algunos no despreciáramos la sabiduría, sino más bien sus límites, unos límites impuestos con más torpeza que eficacia.

Fue en ese tipo de colegios en donde **surgió** entonces, y continuaría surgiendo después, **la intelectualidad progresista**, que, de una manera directa o indirecta, desde la administración, la escuela, el instituto o la universidad, o creando el caldo de cultivo cultural y vital necesario, se preparaba para liderar y transformar el país de la transición hacia la democracia.

Naturalmente **entre aprendizajes valiosos había también un gran fárrago de textos pintorescos de historia o de filosofía.** Pero no menos pintorescos que algunos de los que, en las horas actuales, caen en las manos de escolares sometidos a las mitologías educativas ultranacionalistas. Religión y ultranacionalismo eran rechazables como nociones vitales impuestas, sin respiro. Por todo ello "*Tarde comencé a ser español*" confiesa Azaña en el capítulo XII.

Una religión sin Dios: la fe en el pueblo

En el capítulo XIV recuerda cómo dejaría de profesar la religión para rehacer el paganismo. Sin embargo **los ideales sociales, el amor por el prójimo, la defensa del menesteroso, la lucha por la igualdad** y los **deseos de justicia**, se **habían ido configurando**, en las mentes infantiles, **al amparo de las prédicas y las ceremonias.**

Azaña, como **rechazo del torpe clericalismo**, había **sustituido al Dios cristiano** por el alto **ideal de la humanidad**, o por el más próximo de la dialéctica materialista: el pueblo. El humanismo cristiano puede fácilmente transformarse en humanismo izquierdista.

"*Vino a consolarme la hombría natural del pueblo...La vena popular me traía una imagen literaria acorde con la piedad*". Dice Azaña.

"*El jardín...*" es también un libro lírico rural y campesino, un **libro de viaje interior** en el que abundan **descripciones de la Alcarria**: "*bermeja y torreada, abundante en historias que suspiran por un narrador*" Una campiña, a veces... "*tan árida que un girasol la decora*" (pág.114). Su **mirada social**, en el declive del estío alcarreño - profuso de ferias, caza y romería - **descubre al señorito**, al terrateniente, al explotador.

"*El señorito que recorre campos y aldeas, que se hospeda en la mejor casa del pueblo, que habla a los labradores en su lengua de lo que el señorito no entiende: el trigo, la viña, las mulas, las ovejas*"... (pág. 123)

Hospedajes en el que el señorito come cuanto le sirven, bebe cuanto le brindan, fuma cuanto le ofrecen, y si hay que bailar baila y no hay que agraviar al huésped pidiendo un trato ordinario y corriente, ni alabar aquello a lo que ya se supone que está acostumbrado: la abundancia o el esmero. Además "*lo que hay se ofrece de corazón*" - dicen siempre las buenas gentes.

La Alcarria como tierra mítica de rutas y sorpresas, que nos invita a convertirnos en caminantes empedernidos de su geografía física y humana, está ya en "El jardín..." como lo estaría más tarde en Camilo José Cela. No es frecuente en la literatura de viajes, no lo era en Cela - que mantiene una mirada más brechtiana, más de distanciamiento -, transitar por veredas que de repente - como si de realismo mágico se tratara - convierten sus piedras o sus plantas, sus hondonadas o sus alturas, en sentimientos vividos que nos unen psicológicamente a su autor.

Y cuando la narración emprende ya el camino, en pocas páginas, de la retirada nos encontramos con una fotografía viva de la Alcalá de fines del XIX. Urbana, con medida, desde su origen romano. Tierra que fácilmente se ordena,... "*parcela natural de juristas y labradores*" (pág.125),

Pero Alcalá, de armonías severas, razonables y claras, desdeña lo castizo, se esfuerza en desprenderse de los hábitos campesinos y se emplazan en la historia. (¡Hasta la ciudad tiene psicología, personalidad y carácter!).

Alcalá incluso tiene sentimientos y emociones: y su emoción es histórica. Una historia mágica en donde un procónsul degolló inocentes... "*imagen de una infancia sonriente en el suplicio*", porque esos niños sabían que estaban venciendo la vida mortal. (pág. 127)

Alcalá posee gracia amaestrada, grandeza y ascetismo, sabiduría elegante de un propósito trascendental que alcanza hasta este curso del tórrido verano del año 7 de la nueva era. Incluso es una ciudad capaz, dice Azaña, de urbanizar los milagros campestres. Como el de la aparición de la virgen a un pastorcillo, en las alamedas del Henares...una Virgen, de ida y vuelta, que cada vez que la trasladaban a la "*Magistral*" huía al sitio de su epifanía, porque quería tener culto en la floresta. (pág. 127)

Una ciudad en donde ya nadie tienen sentimientos agoreros ni temerosos: ni sobre las "brujas", que dan nombre a un barranco, ni sobre el gigante *Muzaraque*, enterrado en la gran cuesta Zulema, ni sobre los otros de la llamada "*Cueva de los gigantes*".

"Los alcalaínos que por todo esculpen lápidas y se afanan en loores onomásticos, no han rebautizado plaza alguna en honra de Muzaraque, ni buscan su gran fosa, ni celebran su centenario". (pág...127)

Encontramos así en el Azaña nostálgico fotografías de la **Puerta del Vado**, en cuyos alrededores vivían dueños de posadas y herradores refraneros. Y en donde aún bullían los personajes populares del Quijote. Fotografía mental de **calle de la Pescadería**, en donde hacían su trabajo los matarifes, *desgastadores de vino* (por no decir borrachines).

De la calle del **Carmen Descalzo** en donde buscaban las putas, entraditas en carnes, a sus clientes, "*tábanos de la soldadesca*" que pululaban junto a ventrudos esquiladores de la "**Puerta de Madrid**".

Retratos de un Alcalá de barberos, curas de escopeta y perro, bigardos pescadores de río, viajeros tejeros de Valencia, segadores gallegos, mondejanos aceiteros o muleros de Maranchón, y tantos otros que "*pegados al suelo, como el olmo y la cepa*" *esparcían "el sabor genuino del pueblo"*... "*ralea aldeana que no participaba en los fastos complutenses*" (pág. 128), ni recibieron papel alguno en la historia, salvo el de, - llegado el momento que aún Azaña no percibía -, matarse entre sí.

Y entre ese paisaje de artesanos y labriegos Azaña encuentra, al cabo del tiempo, a un viejo compañero del colegio, menos afortunado. ¿Quién de nosotros no lo ha encontrado?

Azaña, entrado ya de lleno en el camino que conducía a la clase dirigente, encuentra en los paseos de sus vacaciones estivales, en una fragua de Alcalá, a un compañero del colegio, un colegio en el que "*antes de aprender la diferencia de clase, parecíamos iguales en la escuela. ¡Qué rumbos divergentes luego!*" (pág.129), piensa para sí.

Era el chico más despierto que reaparece en una de las descripciones más fascinantes que ha podido hacerse del trabajo en la fragua, visual, luminosa, sonora, con ritmo cinematográfico: sólo comparable en lo pictórico a la "*Fragua de Vulcano*" de Velázquez.

"*Dentro del taller fuliginoso un mocito tiraba del fuelle, ladeándose -ritmo de cojo - a un costado y promovía el resuello intermitente de la fragua. Chorros de blanca luz escupía el fuego iracundo, entre ronquidos y silbos de pecho asmático. El bulto del herrero surgía en resplandores: el rostro pizmiento, el torso bermejo, y los brazos, uno a la tenaza que volvía y revolvía sobre el yunque un ascua de metal, otro martillando: golpes sordos en el hierro candente...Dejada la herramienta se enjugó la frente con un brazo, las palmas con el mandil y se adelantó a mi encuentro...*

- *¿Has terminado la carrera?, dijo. (Era lo importante)*

- *Ya ves, chico - repuso a mis preguntas -, trabajando-* (pág. 129)

Sonrisa humilde, humildad forzada del cíclope, su antiguo amigo de escuela, malestar e incomodidad mutua en uno de esos encuentros en los que no se sabe muy bien qué decir, pero "*vino a consolarme la hombría natural del pueblo*". (pág.138)

Cuando Azaña abandona el Escorial, la guerra estalla en Cuba y Filipinas. Comienza la Edad de Plata de la literatura hispánica.

"*Nosotros viviremos cuanto el español futuro nos consienta vivir*" decía Azaña en "El Jardín" (pág. 140). Durante años estuvo silenciadoes hora de recuperar su figura literaria.